

Segundas Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (Madrid, 6-8 mayo 2009)

La Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid ha acogido durante los días 6, 7 y 8 de mayo las Segundas Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA), organizadas por la asociación OrJIA (Organización de Jóvenes en Investigación Arqueológica). Esta asociación, compuesta mayoritariamente por investigadores relacionados con el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, fue creada en el año 2007 con la intención de establecer un foro de debate sobre la actividad arqueológica, organizar actividades académicas y aunar intereses y esfuerzos en el desarrollo de nuestra investigación.

Detrás de la creación de OrJIA se encuentra también la constatación de la cada vez mayor interconexión entre los diferentes ámbitos de la Arqueología –arqueología profesional o de empresa, carrera investigadora, trabajo desarrollado en museos y otros órganos de investigación– y de cómo esa creciente relación no encuentra reflejo en estructuras tradicionales de formación como los departamentos universitarios. Hoy en día muchos investigadores están en contacto directo con la arqueología de empresa y alejados, por el contrario, del contexto tradicional de la universidad. Por otro lado, existe un fuerte debate acerca de la realidad laboral de la profesión arqueológica y de los objetivos que ésta debe seguir. En este contexto de cambio son muchas las nuevas propuestas que salen a la luz.

Fruto de estas inquietudes fue la organización en 2008 de las Primeras Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica, dirigidas fundamentalmente a jóvenes investigadores cuyas trayectorias académicas no están aún consolidadas –estudiantes de postgrado, investigadores dentro de empresas de arqueología, estudiantes de Licenciatura con trabajos académicamente dirigidos, etc.–, entendiendo que existen suficientes foros en los que otros investigadores más veteranos –doctores, profesores universitarios, etc.– pueden dar a conocer los resultados de su trabajo. En cuanto a los objetivos, además del más inmediato de dar a conocer las líneas de investigación de los diferentes comunicantes, se buscaba favorecer la creación de redes de colaboración e intercambio de información entre los investigadores y tratar de atraer a estudiantes de Licenciatura hacia el trabajo de investigación. Como objetivo último se pretendía constituir un foro de debate y reflexión entre investigadores, más allá de los temas concretos de trabajo de cada uno de ellos.

Las jornadas se organizaron de manera asamblearia –modo de trabajo de OrJIA– y se estructuraron a través de sesiones organizadas a partir de criterios cronológicos –desde el Paleolítico a la Edad Media– y temáticos –historiografía, teoría arqueológica, patrimonio, etc., completadas por otras actividades como la exposición de pósteres, la realización de una mesa redonda sobre la realidad laboral de la Arqueología en Madrid o la convocatoria de un concurso/ exposición fotográfica con la Arqueología como eje central. El apoyo logístico y económico provino fundamentalmente de la Universidad Complutense, a través del Departamento de Prehistoria, del Decanato de la Facultad de Geografía e Historia y del Vicerrectorado de Investigación. La buena acogida de las jornadas, con 115 participantes representando a 38 universidades y centros de investigación y un 15% de ponentes extranjeros constató la percepción generalizada en OrJIA de la necesidad de abrir foros de debate y reflexión en los que las nuevas generaciones de investigadores puedan dar a conocer su trabajo y sus puntos de vista.

Con todo, durante estas primeras jornadas se apreciaron también ciertos problemas que impidieron que el debate científico perseguido por OrJIA desarrollara todo su potencial. Por ejemplo, se observó una marcada preferencia por la presentación de datos antes que la propuesta de interpretaciones o la aplicación de modelos teóricos no tradicionales. Aunque esta posición puede ser interpretada dentro del proceso de investigación de los ponentes –que en su mayoría se encuentran en las primeras fases de realización de sus Tesis Doctorales, y por tanto, recopilando la información previa a la interpretación– el rechazo a la discusión científica y a la teorización puede ser considerado como endémico en la Arqueología española y uno de los objetivos de OrJIA era superar ese rechazo en las nuevas generaciones de investigadores, algo que se



consiguió solo parcialmente. Asimismo se constató que la organización por periodos cronológicos devenía en debates muy concretos que alejaban la discusión científica de aspectos considerados más interesantes por OrJIA, como podían ser las posturas teóricas, las interpretaciones de largo alcance o los debates acerca de los enfoques metodológicos utilizados en la investigación.

Esta reflexión sigue siendo válida en la estructura de las Segundas Jornadas de JIA, que han sufrido una profunda remodelación. Se ha apostado decididamente por las sesiones temáticas descartando una ordenación cronológica, buscando la transversalidad de las comunicaciones. Para ello se realizó una primera convocatoria para la propuesta de sesiones, en la que se dio prioridad absoluta a aquellas sesiones enfocadas en torno a cuestiones teóricas, metodológicas o interpretativas, frente a propuestas más convencionales centradas en la presentación de datos y en las que no se abordaran cuestiones transversales de contenido, narrativa e interpretación. Este mismo criterio se ha aplicado en la selección de las comunicaciones dentro de cada sesión. El resultado ha sido un programa que ha combinado sesiones muy abiertas a la discusión de los parámetros interpretativos –como las centradas en la identidad, el paisaje, el estilo o el conflicto– con otras en las que el debate se ha centrado principalmente en aspectos metodológicos –como las dedicadas a la experimentación en arqueología, el estudio de la cerámica arqueológica o la arqueozoología. Asimismo, se incluyó una sesión dedicada a la Memoria en Arqueología, haciéndose eco de debates sociales que sólo en fechas recientes están recibiendo un tratamiento académico adecuado desde la Arqueología.

Pese a las restricciones impuestas por la organización de las Jornadas, la respuesta ha superado todas las expectativas. En los tres días del congreso han participado más de 170 investigadores a través de casi 90 comunicaciones y 40 pósteres, con una asistencia diaria que ha rozado el centenar de personas entre participantes y asistentes. Más importante que el crecimiento en el número de participantes ha sido la evidente mejora del debate científico en torno a las diferentes sesiones, aunque en algunos casos el excesivo número de ponentes limitó mucho el tiempo de discusión y en otros, pese al esfuerzo de los organizadores de la sesión por centrar los temas de discusión, se apreció una excesiva amplitud de los temas a tratar. Es el caso de una de las sesiones con mayor potencial teórico e interpretativo, la relativa a la identidad, donde la variedad de propuestas de análisis, enfoques teóricos y modelos interpretativos condicionó mucho las posibilidades del debate en el escaso tiempo disponible. Con todo, el progreso en este sentido ha sido grande y parece avalar la apuesta de OrJIA por un tipo de jornadas poco comunes en España.

Esta originalidad en los planteamientos de OrJIA viene confirmada por la decisión de convertir el JIA en itinerante, de manera que la organización de las jornadas actúe

como un incentivo para diferentes asociaciones y grupos de estudiantes e investigadores y tratando de buscar una cada mayor riqueza científica fruto de la variedad de enfoques académicos existentes en nuestro país. En este sentido, durante la celebración de las jornadas se cedió el testigo de la organización del JIA 2010 al grupo *Estrat Jove* de la Universidad Autónoma de Barcelona. La creación de un Comité Científico formado por miembros de OrJIA que supervisará y colaborará con organizadores de las Jornadas y la aprobación de un decálogo que recoge el espíritu de las jornadas han sido dos de los ejes sobre los que se pretende mantener y proteger el espíritu de debate que caracteriza el JIA.

Este decálogo (en realidad consta de 16 puntos de discusión) fue repartido a todos los asistentes a las jornadas y debatido en una mesa redonda en la que se confió a *Estrat Jove* la organización del JIA 2010. Es el reflejo de lo que ha sido la organización del JIA hasta este momento y pretende definir el espíritu de las jornadas en el momento en que comience su itinerancia, planteando tres líneas de actuación. La primera define el JIA, su composición, objetivos y carácter itinerante. Este carácter itinerante permitirá la presentación de varias candidaturas, entre las que el Comité Científico –formado por miembros que hayan organizado previamente las jornadas– elegirá la que presente las mayores garantías de éxito. La segunda evalúa las relaciones entre el Comité Organizador anual del JIA y el Comité Científico que controlará que se mantenga el espíritu que inspiró el inicio de las jornadas. En este sentido, es interesante comprobar cómo el Comité Científico se reserva el derecho a seleccionar al menos un 25% de las sesiones que constituirán las Jornadas.

Finalmente, la mayoría de los puntos hacen referencia a aspectos concretos de la organización, como la obligatoriedad de publicación de actas tanto en papel como soporte electrónico y su distribución a los principales centros de investigación, la búsqueda de financiación externa para evitar que los gastos de organización repercutan exclusivamente en los participantes, la redacción de una memoria final de las jornadas en un plazo no superior a dos meses o la posibilidad de participación en las jornadas a través de pósteres. Se hace hincapié también en el empleo de lenguaje no sexista en todo el proceso de organización y celebración del JIA y se sugiere, en la medida de lo posible, la presencia de miembros de ambos sexos en la organización del evento. En general, las normas parecen encaminadas a que, dentro de la personalidad de cada centro y asociación, se mantengan las líneas centrales que impulsaron la aparición de OrJIA y las dos primeras ediciones del JIA.

Es difícil valorar cuál puede ser el recorrido de una iniciativa como el JIA en los próximos años, ya que la precariedad de muchos de sus organizadores –en el mejor de los casos becarios– puede afectar a su continuidad. Asimismo, lo estricto de las normas del decálogo, aunque necesarias para mantener los estándares de calidad y la

filosofía del JIA, puede reducir el número de universidades o centros de investigación que puedan asumir la celebración de las jornadas. Con todo, a día de hoy todas las señales son positivas. El número de participantes, asistentes y entidades dispuestas a colaborar con la iniciativa ha crecido sustancialmente en los ocho meses que han mediado entre la celebración de ambas jornadas. El rigor de los organizadores en la gestión del JIA y en la publicación de las actas de las jornadas (las primeras fueron aparecieron apenas tres meses después de la celebración del primer JIA) llama la atención, en el panorama que por desgracia parece rodearnos, por su singularidad.

Por otra parte, la decisión de itinerancia de las jornadas podría traducirse en un respaldo a su continuidad, aunque plantea el riesgo de una pérdida del espíritu que dio lugar a la iniciativa pese a las medidas de control adoptadas. Quizá el mejor garante de la continuidad del

proyecto sea la propia comunidad académica de jóvenes investigadores, cuyo interés por el JIA parece evidente y en la que parece bastante asumida la necesidad de mejorar los mecanismos de interpretación del registro, la elaboración teórica y el debate entre investigadores. De la capacidad del JIA para mantener y definir aún mas su carácter de foro de debate teórico e interpretativo dependerá la consolidación como referente dentro del territorio nacional de una forma diferente de entender el trabajo arqueológico, por desgracia aún muy minoritaria dentro de la comunidad arqueológica de nuestro país.

Jorge de Torres Rodríguez

Departamento de Prehistoria, UCM - OrJIA

Richard J. Harrison (con contribuciones de Francisco Marco Simón) (2004):
Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age.
Western Academic & Specialist Press. ISBN 0953418-7-8. 157 figuras.

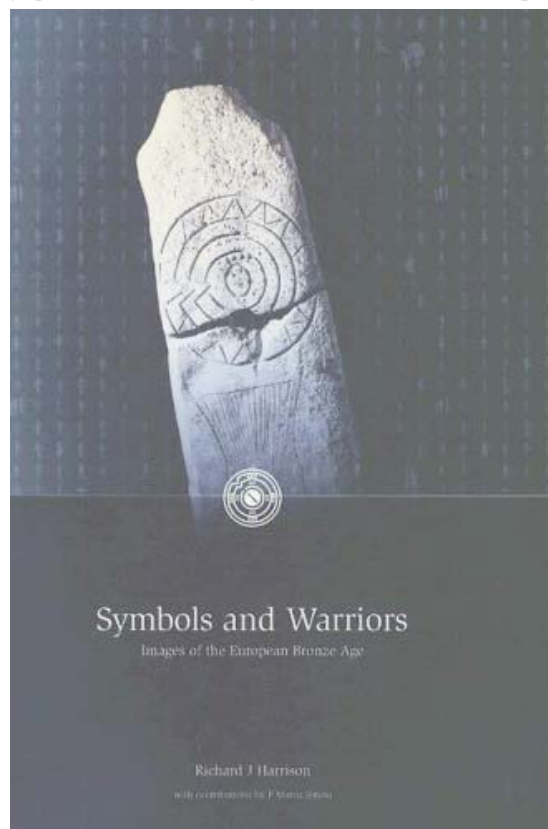
Durante la última década se ha podido advertir un creciente interés por el fenómeno de las llamadas estelas de guerreros del Sudoeste, interés que se ha materializado en al menos dos importantes libros (Galán 1993; Celestino 2001) y decenas de artículos. El profesor Harrison añade una obra más a este catálogo aportando nuevas y estimulantes ideas.

El libro se divide en ocho capítulos de contenido, uno de resumen y un amplio y detallado catálogo que ocupa la mitad de la obra. En el primer capítulo (“Stelae as windows on the Bronze Age”) se trata de la aparición de una ideología de jefes guerreros durante el Bronce Final, en la cual el cuerpo, los adornos y las armas poseen un destacado papel. Las estelas serían una forma de materializar esta ideología.

En el segundo capítulo (“Between two worlds: the Atlantic and Mediterranean background to the stelae”) se describe el carácter peculiar del sudoeste ibérico como una provincia atlántica en la que influyen dos corrientes culturales, una procedente del noroeste de Europa y otra del Mediterráneo central y oriental. Según Harrison, el interés de las estelas supera su marco local, pues al representar un código de valores que está presente en todo el occidente de Europa, las conclusiones que se obtengan de su análisis deben poder aplicarse al Bronce Atlántico en general.

El capítulo 3 (“Landscapes with stelae”) se centra en el concepto de dehesa, su origen y evolución temporal y en el contexto de localización de las estelas. Este es, en mi opinión, uno de los capítulos más débiles del libro. En parte se puede explicar por la idea del autor de que “la función ideológica [de las estelas] parece ser más importante que su ubicación en el paisaje”. Harrison enfatiza la importancia del libro de Pavón (1998) sobre el Bronce Final en Extremadura. Gracias a esta obra, queda claramente de manifiesto la existencia de un poblamiento jerarquizado en torno a lugares centrales (como Alange o Medellín) desde la transición del segundo al primer milenio. Este paisaje se correspondería mejor con la realidad sociopolítica representada en las estelas. No obstante, el autor no explota los datos que ofrece Pavón para correlacionar estelas y lugares centrales, por ejemplo. Es cierto que su análisis se centra en la ideología construida a partir de las estelas, pero habría sido sumamente interesante comprobar como encajan las estelas y los poblados donde vivían las élites. Es necesario señalar también que el autor no toma en consideración el más reciente catálogo de yacimientos y materiales que ofrece Martín Bravo (1999). Quizá este carácter secundario que Harrison otorga al poblamiento y al territorio pueda explicar su opinión, en general negativa, respecto a la obra de Galán (1993). Independientemente del acierto o no de los postulados

expuestos por este autor, la realidad es que exploró una dimensión del fenómeno de una forma novedosa y original, al llamar la atención sobre el entorno en que ubicaban las estelas. Por mucho que éstas sean “monumentos multi-vocales” y que no pueda reducirse su función a meros hitos de tipo territorial, es necesario reconocer que no se han planteado otras propuestas para entender el paisaje de las estelas que sustituyan a la de Galán. La justificación de que éstas no son muy conspicuas, para minusvalorar la importancia del espacio en que se insertan, no me parece válida (véase también la respuesta de Ruiz-Gálvez [2001: 301] a la misma crítica hecha por Celestino). El entorno es fundamental para comprender múltiples prácticas prehistóricas, especialmente de carácter ritual o votivo, que no semejan a priori muy visibles: pensemos en la localización de múltiples petroglifos del Bronce en lugares apenas destacados o en los depósitos metálicos del Bronce Final. En ambos casos, el punto en que se realizan se escoge muy cuidadosamente, como ha sido de sobra demostrado (Ruiz-Gálvez 1998: 208-227). Hay que tener en cuenta la forma en que en el pasado se leía el paisaje y se traducían sus signos es muy diferente a la actual y que un recuerdo, un objeto o un elemento natural ape-



nas llamativo puede dotar de un poderoso significado a un determinado lugar. Existen numerosos ejemplos etnográficos que así lo demuestran. Por otro lado, resulta difícil de creer el carácter plurivocal de los monumentos: sorprende que unos productos culturales tan estandarizados —especialmente los más antiguos— pudieran tener múltiples funciones. Sí resulta verosímil que tuvieran diversos significados complementarios, pero no que su uso, al menos dentro de una misma región, pudiera ser muy variado (tumba, cenotafio, hito, etc. como propone Harrison).

El capítulo 4 (“Observing pictures, motifs and compositions”) presenta las estelas como objetos siguiendo de cerca a Celestino (2001). Acepta Harrison de este autor la zonificación en cuatro áreas (ibid.: 41-45). Analiza detalladamente varias noticias de descubrimiento en las que se atisban interesantes elementos contextuales (materiales, huesos, estructuras) y a continuación se centra en el hipotético desarrollo de la composición de los motivos representados a lo largo del tiempo, el cual sigue de cerca el ya propuesto por Celestino (ibid.). La evolución que se maneja es la siguiente: 1) estelas con representación de escudo de gran tamaño flanqueado por espada y lanza; 2) se le añaden progresivamente el espejo, el broche, el peine y el casco; 3) estelas con carro y las primeras figuras humanas; 4) la figura humana desplaza al escudo y acaba por dominar la composición; 5) aparición de figuras con cuernos (p. 45). Se trata de una evolución muy verosímil, si bien no acaban de quedar claras las bases de tal periodización —de hecho, en ocasiones se advierten razonamientos circulares: objetos que datan estelas que datan objetos. Sería quizá necesario un análisis más detallado de los monumentos, aunque es cierto que este análisis sí se advierte por lo general en el catálogo. Si aceptamos la evolución, podríamos pensar que el paso de representaciones muy estereotipadas y sencillas, en un primer momento, hasta representaciones muy heterogéneas, complejas e incluso narrativas, en un período posterior, podría ponerse en relación con una mayor capacidad de individualización y de demostración del poder de las elites en el ocaso del Bronce Final, frente a unos jefes más limitados por las comunidades en que gobiernan durante la segunda mitad del II milenio. Sobre la evolución de las estelas se trata con más detenimiento en el capítulo 6. En capítulo 4, por último, se dedica atención a los recortes y correcciones que se advierten en las estelas, fenómeno al que el autor da especial relevancia (cap. 5). Resulta muy interesante el “código de exclusión” que describe Harrison. Lo que falta en las representaciones (elementos femeninos, de banquete, hachas, la naturaleza salvaje) se convierte, así, en algo tan significativo como lo que aparece en la creación de ideología.

En el capítulo 5 (“Recognising ideologies: social strategies in the Bronze Age”) se exponen las ideas de Timothy Earle sobre la ideología y las bases del poder en sociedades de jefatura y se aplican con acierto al caso de las estelas. Especialmente interesante resulta la teoría de que

el retoque de las estelas y la evolución de las composiciones tienen como objetivo apuntalar la ideología aristocrática, ante posibles contestaciones al poder que representan. En realidad, se trataría de algo así como “actualizar” las representaciones para que el mensaje siga teniendo valor y vigencia. Algunos de los ejemplos más claros de esto son el grabado de un modelo de espada más reciente sobre uno más antiguo o la adición de nuevos elementos (espejos, peines) a las estelas más antiguas. Creo, sin embargo, que en el caso de la estela diademada con un espejo y una fibula no se puede utilizar este razonamiento. Si consideramos las estelas de guerrero y diademadas manifestaciones diferentes, tanto en el significado como en el tiempo, podríamos pensar que la estela de Torrejón del Rubio (C7) es producto de una apropiación, por parte de un jefe, de un monumento antiguo y su simbolismo. Aunque sólo queda apuntada, la idea de que las mismas armas que se representan en las estelas en el Sudoeste aparecen en depósitos en otras zonas me parece sumamente atractiva, por lo que indica sobre diferentes formas de consumo conspicuo dentro parámetros ideológicos similares, pero en diferentes contextos culturales (p. 73).

El capítulo 6 (“Reading the codes: symbols and meanings”), escrito en colaboración con Francisco Marco Simón, se encuentra estrechamente relacionado con el siguiente y, en realidad, cabría preguntarse si el orden de los capítulos no habría sido mejor a la inversa. En éste se pasa revista al significado de los motivos representados en las estelas desde un punto de vista social e ideológico. No parece muy acertada la dicotomía entre estelas “básicas” y “figurativas” (p. 85). En realidad, todas las estelas son figurativas, ninguna es abstracta, por lo cual habría sido mejor distinguir entre “básicas” y “complejas”. Incluso se podría introducir un tercer término (“narrativas”) para referirse a las que parecen expresar algún tipo de relato o hecho. Como se ha señalado, aquí se retoma la cuestión de la cronología, pero desde un punto de vista más interpretativo. Llama la atención el hecho de que las primeras estelas sean propiamente “guerreras” (sólo aparecen armas) y que los elementos que se van introduciendo a continuación tengan menos que ver con la fuerza y más con la belleza (espejos, peines, fibulas, pinzas). Parece que la influencia mediterránea refuerza la importancia de la estética del cuerpo del guerrero. Para interpretar los significados posibles de los objetos, los autores (Harrison y Marco Simón) recurren a una serie de paralelos procedentes de la Prehistoria europea, mediterránea, la arqueología próximo-oriental y la Historia Antigua. No se trata, como previenen acertadamente, de paralelos directos que establezcan una identidad entre los elementos comparados (p.83), sino de intentar alumbrar posibilidades de interpretación. Se expone en este capítulo también la idea de que el concepto de “héroe” (un ser humano, de la elite, que se convierte en semidivino), que surgió en el área levantina durante el II milenio, pudo llegar de alguna

forma al oeste del Mediterráneo. Aunque no es inverosímil, cabría preguntarse cómo se pudo transmitir una idea relativamente tan compleja a lo largo de tanta distancia –sobre todo distancia cultural–. Entre otras cosas, plantea el problema de las lenguas de intercambio (Ruiz-Gálvez 1998: 64-66).

El capítulo 7 (“Materialising the motifs as Bronze Age artifacts”) revisa los objetos representados en las estelas (espadas, escudos, carros, espejos, fibulas, etc.) y ofrece paralelos arqueológicos, cosa que ya encontrábamos en la obra de Celestino (2001), si bien Harrison no es tan prolífico en las descripciones y los paralelos (lo cual puede ser de agradecer). Aunque presenta algunas discrepancias con el autor mencionado, no se ofrecen grandes novedades. La interpretación de los botones de oro aparecidos en un par de depósitos portugueses como representaciones de escudos resulta sugerente. Cabría preguntarse si, al decorar sus ropas con representaciones de escudos, no estarían los guerreros buscando algún tipo de protección simbólica. Frente a lo que es opinión extendida, el autor niega la representación de cascos con cuernos. En su opinión, se trataría más bien de la identificación del guerrero con un toro, con lo que ello implica, o en todo caso, un tocado de cuernos. Los argumentos que ofrece el autor resultan convincentes: no tanto el hecho de que no hayan aparecido cascos de ese tipo en la Península, como el que los famosos capacetes escandinavos sean en realidad cascos centroeuropeos a los que los artesanos locales colocaron una cornamenta (p. 141). En cualquier caso, lo que resulta interesante es que en lugares tan lejanos entre sí como Dinamarca, Extremadura y Cerdeña aparezcan representaciones de tocados con cuernos. Quizá no esté de más recordar la pervivencia de los seres cornudos en la Edad del Hierro –pensemos en Cernunnos–. De hecho, es llamativo que se representen claramente las manos abiertas y con los dedos bien marcados. Seres con cornamenta y las manos abiertas aparecen desde el Hierro Antiguo en lugares como Valcamónica y el norte de Portugal. ¿Es posible que sobre la figura del héroe guerrero y cornudo del Bronce Final haya surgido una divinidad adorada en la Edad del Hierro?

El capítulo 8 (“Placing the Iberian stelae in their European context”), en el que se ponen las estelas ibéricas en su contexto europeo más amplio, se hace demasiado corto, dado su gran interés. Se enfatiza aquí la estrecha relación de todas las regiones europeas en el Bronce Final y la rapidez y facilidad con que se transmiten las ideas hasta zonas consideradas marginales o remotas: “Es un error –afirma– pensar que regiones aisladas de Europa estaban aisladas de las principales corrientes intelectuales de su tiempo, simplemente por la distancia física de unas a otras” (p. 168).

El capítulo 9, por último, sintetiza las principales ideas y es un útil resumen del libro.

Por lo que se refiere al catálogo, las ilustraciones son de gran calidad. De hecho, son las mejores publicadas

hasta la fecha. Por lo demás, se trata fundamentalmente de los mismos hallazgos que ya publicara Celestino (2001). Las fotografías, planos y dibujos del libro en general son de una calidad excelente. La bibliografía resulta muy completa, tanto en lo que se refiere a referencias a arqueólogos ibéricos como de otras partes de Europa.

Existen algunos pequeños errores que pueden inducir a confusión: el depósito de Caldas de Reis se dice, siguiendo a Ruiz-Gálvez, que sigue el ciclo fenicio (p. 157), y poco después se mantiene la cronología tradicional del Bronce Antiguo (p. 159). Asimismo, se afirma que el depósito de Hío se recuperó en el río Ulla (p. 14), cuando realmente se trata de dos depósitos diferentes. También resulta extraño que se diga que una punta de lanza de tipo Vénat de Huelva, con una fecha radiocarbónica del 700±120 a.C. sin calibrar, es de inicios del siglo VIII. (p. 15). Se trata, en cualquier caso, de errores comprensibles en una obra que abarca una cantidad tan grande y variada de datos. Hay algunas cuestiones generales, sin embargo, de mayor enjundia: una de ellas es la cuestión de las estelas diademadas. Resulta difícil de entender porque con frecuencia se analizan junto a las de guerreros, cuando la composición y los motivos representados difieren tanto en todos los sentidos. En un momento en que se advierte una estandarización tan grande en las representaciones –debido a la existencia de elementos ideológicos tan estrechamente compartidos entre diversas regiones– no se puede comprender que exista un tipo de representaciones tan diferentes a las de las estelas de guerreros, a no ser que les otorguemos un papel totalmente diferente a las diademadas (como representación de divinidades). Por otro lado, la supuesta “diadema” resulta poco menos que inverosímil. Afortunadamente, Harrison no se detiene demasiado en este grupo e incluso afirma que “es posible que estén desconectadas del resto del grupo, puesto que su iconografía es tan distinta” (p. 118). Sin embargo, las recoge en el catálogo y las menciona en diversos momentos. Por las razones expuestas, se me hacen igualmente difíciles de entender ciertos monumentos, como el de São Martinho de Anta II, que se separan tan claramente de los estereotipos. La estela mencionada representa a un individuo cazando con un arco unos ciervos que recuerdan mucho a la pintura rupestre esquemática (C30). Dudo que a monumentos como éste se les pueda aplicar la misma explicación que al resto de las estelas. De hecho, no encaja bien con la idea del “código de exclusión”, que impide la aparición de elementos de la naturaleza salvaje en las estelas.

En conclusión, el libro de Harrison resulta muy recomendable, sobre todo, por la magnífica contextualización del fenómeno de las estelas en el marco histórico del Bronce Final y por su énfasis en la construcción de la ideología. Frente al detalle descriptivo que caracteriza todavía a muchas obras de arqueólogos mediterráneos, Harrison logra construir una narrativa del fenómeno y darle una dimensión histórica. Se supera además con creces el

marco occidental y se ofrece numerosa información sobre el Mediterráneo, el Próximo Oriente y Escandinavia. Todo ello permite entender mejor el surgimiento y expansión del icono del héroe/líder aristocrático y guerrero que se populariza desde fines del II milenio a.C. Teniendo en cuenta la parquedad de datos que se manejan —un cente-

nar de estelas, por lo general repetitivas— se trata de un logro digno de encomio.

Alfredo González-Ruibal

CSIC

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CELESTINO, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra, Barcelona.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la Península Ibérica*. Complutum Extra 3, Madrid.
- MARTÍN BRAVO, A.M^a. (1999): *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y*

Guadiana: la Edad del Bronce. Universidad de Extremadura, Cáceres.

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Crítica, Arqueología.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (2001): Recensión de S. Celestino Pérez (2001): “Estelas de guerrero y estelas diademadas: La precolonización y formación del mundo tartésico” y A. Rodríguez Díaz y J-J. Enríquez Navascués (2001): “Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico”. *Complutum*, 12: 300-305.

P. Brun y P. Ruby (2008): *L'âge du Fer en France. Premières villes, premiers États celtiques*. Éditions La Découverte, París. ISBN: 978-2-7071-5664-8. 177 págs.

El libro que aquí se presenta constituye una brillante contribución al estudio la Edad del Hierro en el territorio de la actual Francia. Los autores, Patrice Brun y Pascal Ruby —catedrático y maestro de conferencias en la Sorbona respectivamente— desarrollan un relato en el que, de la mano de los datos más recientes, destaca en todo momento el interés por los procesos sociales. De este modo, el trabajo ofrece una perspectiva renovada sobre un ámbito en el que tradicionalmente han predominado los enfoques “tipo-cronológicos” (Collis 2002), pero cuya investigación es una de las de mayor peso internacional. En efecto, las importantes y modélicas excavaciones de arqueología de gestión coordinadas a través del *INRAP (Institut National de Recherches Archéologiques Préventives)*, el establecimiento de instituciones de investigación privilegiadas como el *Centre archéologique européen* de Bibracte, las excavaciones en lugares emblemáticos como Bourges o Bibracte o las reuniones anuales de la *AFAEF (Association Française pour l'étude de l'Âge du Fer)* convierten a la arqueología francesa en una de las más

potentes, si no la que más, dentro de los estudios sobre Edad del Hierro en Europa. Si la tradición británica puede ser considerada como la más innovadora, la francesa viene siendo sin duda una de las más activas.

Aunque en los últimos años han aparecido diversos trabajos de conjunto sobre grandes áreas de la Galia prerromana (véanse por ejemplo Buchsenschutz 2004 para la mitad norte y García 2004 para la zona mediterránea), es de agradecer la publicación de una obra que abarque la totalidad del territorio francés. Y si bien es cierto que tomar como marco de investigación límites políticos actuales puede resultar discutible, por otro lado también tiene la ventaja de intentar superar la tradicional dicotomía entre la arqueología del ámbito mediterráneo y la de las regiones centrales y septentrionales.

El libro se articula en 6 capítulos, precedidos por un prólogo y completados con un apartado intermedio que se inserta entre el tercer y el cuarto capítulo. Perteneciente a la colección “Archéologies de la France”, que ha publicado ya números como *La révolution néolithique en*



France o *L'âge du Bronze en France*, la obra tiene el mérito de resultar de interés tanto para consagrados especialistas como para un público culto interesado en la materia. A ello contribuyen en gran medida sus abundantísimas ilustraciones a color, todas ellas de gran calidad, que incluyen tanto fotografías como gráficos y mapas. De este modo, el excelente aparato gráfico constituye no sólo un complemento del texto, sino una parte esencial de la información. Además, cada capítulo se ve enriquecido por una serie de textos independientes dedicados a temas específicos tan variados como el caballo (p. 34-35), la relación entre oscilaciones climáticas y cambios sociales (p. 55), la explotación de las minas de oro (p. 128) o la práctica del banquete (p. 140), por citar sólo algunos ejemplos.

El prólogo se inicia con una pregunta sin duda provocativa: ¿tiene sentido seguir hablando de “Edad del Hierro”? Y es que, como señalan los autores, el nuevo metal no desempeñó un papel importante hasta un momento relativamente avanzado. En cambio, en este periodo se asistió en buena parte del continente europeo al surgimiento de dos novedades históricas de mucha mayor importancia: la ciudad y el Estado. De este modo, Bruin y Ruby intentan poner de manifiesto desde el inicio que la nomenclatura tradicional de los periodos prehistóricos resulta en buena medida inadecuada para dar cuenta de las transformaciones sociales que constituyen el *leitmotiv* de la obra.

El primer capítulo propiamente dicho está dedicado al Bronce Medio y Final. Así, el relato comienza a partir

del momento en el cual los autores consideran en el prólogo que es posible definir tres grandes “provincias culturales”: nordalpina, atlántica y meridional. Este punto de partida tan poco convencional se debe a que, en su opinión, durante buena parte de la Edad del Hierro las sociedades no debieron diferir mucho de aquellas del Bronce que se desarrollaron a partir del 1600 a.C.

La arbitrariedad que implica la adopción de una determinada fecha como “inicio” de la Edad del Hierro es puesta de manifiesto al inicio del capítulo 2. Éste abarca la etapa comprendida entre el 800 y el 625 a.C. y está dedicado principalmente al mundo funerario, tanto a través de sugerentes reflexiones teórico-metodológicas como de una sucinta presentación de necrópolis emblemáticas como Chavéria o Mailhac. En líneas generales los autores destacan los elementos de continuidad, interpretando las novedades como el resultado de una adaptación a nuevas circunstancias, entre las que se encontraría un clima más frío y húmedo.

De gran trascendencia resultó la etapa inmediatamente posterior (625-400 a.C., cap. 3), durante la cual se asistió al desarrollo de una complejidad social sin precedentes que alcanzó sus cotas más altas en los denominados “principados hallstáticos”. Los espectaculares hallazgos de los últimos años (Krausse 2008), entre los que sobresalen por parte francesa los realizados en Mont Lassois y Bourges, parecen indicar que –al menos en el caso de algunos centros– nos encontramos ante las primeras ciudades al norte de los Alpes. Es decir, un desarrollo urbano que precedió en cuatro siglos a los *oppida* de La Tène final. No obstante, y como indican acertadamente los autores, su carácter relativamente efímero constituye una buena muestra del carácter no lineal de la Historia.

Entre el tercer y el cuarto capítulo se inserta un bloque titulado “Una creciente división social”. En él se comienza abordando el siempre controvertido problema del “origen” de los celtas, que es puesto en relación con el campaniforme (para una crítica de este y otros planteamientos sobre la “génesis” de los “celtas” véase Rieckhoff 2007). Seguidamente se realiza un análisis de distintos modelos de “tipología” social –sintetizados en un excelente cuadro– para finalizar con una lúcida reflexión sobre los fenómenos “principescos”. Pese a algunas lógicas imprecisiones y a lo controvertido de ciertas propuestas, este apartado constituye un magnífico ejemplo de cómo tratar de forma breve pero a la vez profunda algunas de las problemáticas clave de la Protohistoria europea.

Una vez realizadas estas reflexiones, en el cuarto capítulo se vuelve al relato diacrónico (400-180 a.C.), dedicado en primer lugar a las denominadas “migraciones célticas” y a sus zonas de origen, así como al arte lateniense. Especialmente interesante resulta el apartado titulado “santuarios y territorios”, un campo en el que la investigación francesa viene realizando contribuciones de primer orden durante las últimas décadas (Gournay-sur-Aronde, Ribemont-sur-Ancre, Fesques...). Así, los

autores plantean la sugestiva posibilidad de que en estos momentos se produjera, por primera vez, una separación entre poder político y religioso.

Las bases que posibilitaron el surgimiento de formaciones estatales y núcleos urbanos a finales de la Edad del Hierro son analizadas en el quinto capítulo (250-30 a.C.). Ante todo hay que destacar la intensificación de la producción agrícola, a la que contribuyó de manera decisiva la generalización de útiles de hierro. Gracias a la arqueología de gestión (*archéologie préventive*), en la actualidad se va disponiendo de un conocimiento cada vez más preciso del mundo rural prerromano, quedando de manifiesto la densidad del poblamiento y su complejidad. Otros elementos de gran importancia durante esta etapa fueron la difusión de la moneda y la creciente especialización del artesanado.

La suma de estos y otros desarrollos posibilitarían la aparición de dos elementos de enorme trascendencia histórica: los *oppida* y el Estado (cap. 6). En este sentido, dos debates han venido centrado buena parte del interés: el carácter urbano de las grandes aglomeraciones de La Tène final y la génesis y causas del cambio cultural. Respecto a la primera cuestión, cabe valorar muy positivamente que –frente a las reticencias derivadas en numerosas ocasiones de perspectivas romanocéntricas– cada vez se esté aceptando de forma más generalizada la denominación de “ciudad” para estos asentamientos (Fichtl 2005); aunque, como bien precisan ambos autores, también hay que señalar que no todos los *oppida* tuvieron un carácter urbano. Por otro lado, las profundas transformaciones sociales acaecidas durante esta etapa crucial no pueden ser explicadas recurriendo a explicaciones monocausales: como en el caso del Hallstatt final, debió tratarse de una conjunción de factores internos y externos. En líneas generales, una de las principales conclusiones que se derivan de todo el estudio es que el nivel de desarrollo económico y de complejidad sociopolítica alcanzado por

las comunidades de la Prehistoria tardía ha tendido a ser subestimado por la mayor parte de los investigadores. El mejor ejemplo es el de las denominadas “residencias principescas”, pero muchos otros podrían ser igualmente citados.

En conjunto, nos encontramos ante una valiosa síntesis que a buen seguro se convertirá, al igual que otras obras anteriores de P. Brun (1987), en un referente para los estudios sobre Edad del Hierro. Evidentemente, resulta inevitable que un trabajo de este tipo contenga ciertas dosis de simplificación y esquematización de los fenómenos culturales del periodo. Así, y pese a tratarse de un texto por lo general muy equilibrado, en ocasiones las diferencias regionales no quedan suficientemente de relieve. Con todo, análisis lúcidos como el presente, que son capaces de discernir las “grandes líneas” de los procesos sociohistóricos de una forma a la vez clara y profunda, resultan en la actualidad más necesarios que nunca. Y es que, ante la ingente cantidad de documentación disponible, muchas veces la investigación protohistórica corre el riesgo de que “los árboles no dejen ver el bosque”. Además, la perspectiva amplia adoptada por los autores hace que el interés de esta obra trascienda con mucho los límites del propio territorio francés, al permitir una mirada sobre problemáticas de enorme calado a nivel europeo, como son el debate sobre “los celtas”, el fenómeno principesco, las relaciones con las civilizaciones mediterráneas o la aparición de formaciones estatales. Por todo ello, no queda más que recomendar su lectura y desear la realización de más trabajos de estas características.

Manuel Alberto Fernández Götz

Becario FPU. Departamento de Prehistoria. UCM.
mafernandez@ghis.ucm.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRUN, P. (1987): *Princes et Princesses de la Celtique. Le Premier Âge du Fer (850-450 av. J.-C.)*. Errance, París.
- BUCHSENSCHUTZ, O. (2004): *Les Celtes de l'Âge du fer dans la moitié nord de la France*. La Maison des Roches, éditeur.
- COLLIS, J. (2002): L'avenir de la recherche archéologique française sur l'âge du Fer”. En D. Maranski y V. Guichard (eds.), *Les âges du Fer en Nivernais, Bourbonnais et Berry oriental. Regards européens sur les âges du Fer en France. Actes du 17e colloque de l'AFEAF*. Collection Bibracte 6, Centre archéologique européen, Glux-en-Glenne: 353-363.
- FICHTL, S. (2005): *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J.-C. à 15 ap. J.-C.* (édition revue et augmentée). Errance, París.
- GARCIA, D. (2004): *La Celtique méditerranéenne. Habitats et sociétés en Languedoc et en Provence du VIIIe au IIe siècle av. J.-C.* Errance, París.
- KRAUSSE, D. (ed.) (2008): *Frühe Zentralisierungs- und Urbanisierungsprozesse. Zur Genese und Entwicklung frühkeltischer Fürstensitze und ihres territorialen Umlandes*. Forschungen und Berichte zur Vor- und Frühgeschichte in Baden-Württemberg 101, Stuttgart.
- RIECKHOFF, S. (2007): Die Erfindung der Kelten. En R. Karl y J. Leskovar (eds.), *Interpretierte Eisenzeiten. Fallstudien, Methoden, Theorie. Tagungsbericht der 2. Linzer Gespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie*. Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich 19. Oberösterreichisches Landesmuseum, Linz: 23-39.

**R. McGuire (2008): *Archaeology as Political Action*.
University of California Press. Berkeley. ISBN: 978-0520254909. 312 p.**

Randall McGuire pertenece a una especie de arqueólogos que, pese a haberse formado rodeados del ciertamente conservador contexto académico de las universidades estadounidenses y canadienses, han sabido mantener con gran pujanza e influencia (más por la calidad de sus trabajos que por el número de sus seguidores) el paradigma marxista como cuerpo teórico desde el que realizar análisis de tipo arqueológico. McGuire, junto a otros notables arqueólogos como T. Patterson, A. Gilman, B. Trigger o M. Leone en su vertiente más crítica, forma parte de uno de los grupos más interesantes de la historiografía arqueológica norteamericana.

Su trayectoria investigadora, centrada tanto en la arqueología de los pueblos indígenas del sur de los Estados Unidos y el norte de México, así como en la arqueología histórica de los Estados Unidos, ha sido enfocada por este autor desde un firme compromiso político que se ha visto reflejado en su elaboración teórica, construida desde distintas concepciones del materialismo histórico. Dichas inquietudes, en relación a la labor arqueológica, tuvieron en su obra *A Marxist Archaeology* (McGuire 1992) una tarjeta de presentación fundamental, donde además de realizar un repaso sintético y preciso de las distintas familias del pensamiento marxista, proponía un método dialéctico, basado fundamentalmente en los trabajos de B. Ollman (1976) como forma de construir conocimiento arqueológico desde el compromiso político. La aplicación de dicho paradigma crítico era calificada por el autor como “una forma de entender el mundo, una forma de criticar el mundo y una forma de cambiar el mundo” (McGuire 1992: 12; ver también McGuire y Paynter 1991).

Dieciséis años más tarde de la publicación de dicho ensayo, este autor, con la ayuda de algunos alumnos y colaboradores del llamado *Ludlow Collective* (2001) publica este nuevo ensayo, que en cierto modo supone una continuación del libro anteriormente comentado, aunque acompañado de un juicio de valor más profundo, cimentado en la experiencia de su trabajo en los distintos escenarios que se mencionan en el texto.

El punto de partida de este libro es una pregunta que azota la conciencia de todo arqueólogo: ¿por qué arqueología?, ¿cómo podemos justificar la existencia de nuestra disciplina sin caer en la frivolidad? En respuesta a estas cuestiones articula una propuesta en torno a su concepto de *praxis*, como forma de orientar teóricamente la práctica arqueológica, con la crítica como fundamento de la investigación, lo que implica una denuncia de aquella parte de la arqueología como actividad puramente intelectual, que normalmente se olvida de que esta disciplina puede ser un instrumento de desarrollo social y acción política. Para McGuire, como para otros autores de habla hispana como V.M. Fernández (2006) el desarrollo de las llamadas arqueologías críticas (feminista, post-colonial,

queer, indigenista, post-procesual o neo-marxista) tienen un punto en común, la denuncia de situaciones de alienación en la que se encuentran inmersos los seres humanos. Dicha denuncia está en la base de todas estas corrientes arqueológicas, y es por tanto el punto de conexión entre todas ellas, que deben enfocar su *praxis* mediante la colaboración como camino para denunciar los campos comunes de discriminación y alienación.

Sin embargo esta *praxis*, según el autor, se ha visto marcada en los últimos años por una concentración en cuestiones de género (feminismo de la llamada tercera ola), étnicas y culturales (contextual, poscolonial), por lo que han quedado relegadas cuestiones sobre la discriminación por cuestión de clase o rango. El origen de este desequilibrio, coincidiendo con B. Trigger (Trigger 2006: 453 ss.) se sitúa en el hecho de que la arqueología como disciplina sirve a los intereses de determinadas clases sociales, de las que han surgido sus practicantes, lo que influye en su estructuración interna. Tradicionalmente la arqueología ha sido una actividad de clase media que se ha encargado de responder o servir a esos mismos intereses.

Uno de los rasgos fundamentales que posee la corriente positivista o tradicional de las arqueologías es que se contempló a sí misma como neutral en su orientación política. Sin embargo la ausencia de una orientación teórica, es decir una *praxis* crítica, posee el peligro de caer en trivialidades o en la complicidad con idearios conservadores. La conciencia de este fenómeno incita a McGuire a plantear la *praxis* arqueológica como un elemento emancipador para construir una sociedad más humana.

Su propuesta epistemológica, definida por el mismo como “marxismo dialéctico” recoge la mayor parte de los elementos apuntados (McGuire, 1992) en su anterior obra: la dialéctica, un concepto relacional de la sociedad, la *collective agency* en oposición a la individual y la orientación política del pensamiento, desarrollándolos como paradigma a medio camino entre el objetivismo positivista de la arqueología tradicional y el subjetivismo relativista de la teoría posmoderna. De la misma manera que Bourdieu o Giddens, propone su propia versión de la teoría de la *praxis*, basada en un enfoque similar al del realismo filosófico de autores como A. Wylie (2002), es decir, la aceptación de la existencia de una realidad independientemente que, al encontrarnos limitados por nuestra mente humana, no podemos llegar a percibir de forma total.

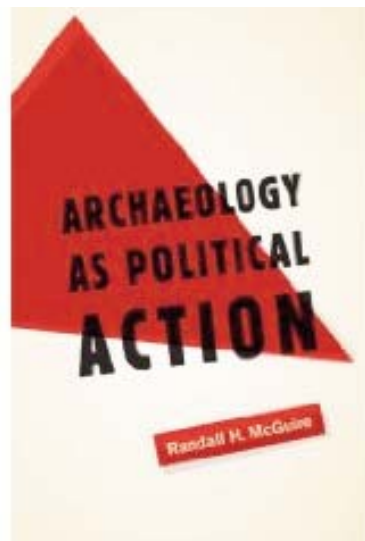
Es precisamente desde esta perspectiva desde la que se realiza una crítica del subjetivismo del conocimiento que profesan algunos autores de la corriente posprocesual. Según, McGuire, el interés teórico de estos autores por el individuo (algo que va en contra del concepto de *collective agency* que él mismo plantea) provoca que “*hayan aceptado uno de los mitos fundacionales del capitalismo, el individuo autónomo*” (p.61) lo que en su opinión va en

contra de cualquier enfoque transformador. Un elemento central en su crítica del modelo contextual o posproce-sual reside en la falta de conexión existente entre su meta de interpretar la capacidad de acción de los individuos en el pasado y su creencia en la multiplicidad de interpretaciones, abogando por desautorizar al arqueólogo como único intérprete válido de la cultura material del pasado. Dicho relativismo es respondido con una serie de conceptos instrumentales mediante cuya aplicación, a medio camino entre la crítica y la producción de conocimiento, el arqueólogo debe ser capaz de distinguir algunas posiciones como perniciosas (p. 63 ss.).

En los capítulos centrales de este trabajo, McGuire plantea y define los cuatro postulados básicos (corpus dialéctico del conocimiento) en los que se fundamenta su propuesta metodológica:

- Coherencia, definida como la contrastación lógica entre los postulados teóricos por una parte y los criterios metodológicos y las interpretaciones emitidas desde esa perspectiva.
- Correspondencia, entre el significado cultural o interpretación simbólica de la cultura material y los datos empíricos, entendiendo este empirismo desde una perspectiva social (Keat y Urry, 1983) es decir, “*nada es sólo un reflejo honesto de la realidad y nada es simplemente fabricado*” (p. 85).
- Contexto social y cultural de los arqueólogos, como productores de conocimiento e ideología, siendo conscientes de que directa o indirectamente están influenciados por su contexto. Sobre este respecto McGuire afirma de forma rotunda e inquietante que la arqueología, sea cual sea su etiqueta, ha servido y sirve a distintos intereses según los grupos sociales a en los que se inscriben sus practicantes.
- Consecuencias, o la obligación ética de todos los arqueólogos a plantear en qué medida la actividad arqueológica emprendida puede ayudar a justificar o fortalecer un determinado sustrato ideológico ¿Existe un equilibrio entre nuestro trabajo como arqueólogos y nuestra vocación como actores políticos en el marco de nuestra comunidad social?

La aplicación de estos principios epistemológicos tiene, en sucesivos capítulos del libro, tres ejemplos concretos vinculados con la realidad social de la *praxis* arqueológica en contextos directamente atestiguados por el autor del libro. El primero de ellos es el proyecto de excavación en el Cerro de Trincheras (Sonora, México) en el que colaboró con arqueólogos mejicanos y en el que demuestra un conocimiento y sensibilidad hacia la tradición historiográfica hispanoamericana sin paralelos en el contexto estadounidense. El segundo ejemplo o *case-study* es el proyecto de investigación sobre el campamento obrero donde se produjo la matanza de Ludlow (Colorado, 1913-14), uno de los episodios más negros en la historia de los



conflictos sindicales en los Estados Unidos. El libro aporta un último ejemplo específico a este elenco con un interesantísimo análisis titulado “*la proletarización de la actividad arqueológica*” (pp. 173-228) donde denuncia, de forma lúcida y precisa, como los mecanismos de reproducción académica en las universidades, así como la inmersión de la arqueología en el panorama de los servicios mercantiles, están produciendo un distanciamiento social evidente entre las élites poseedoras del capital simbólico (Bourdieu 1984), suficiente como para asegurar la reproducción social de su primacía en la cúpula académica, y un incipiente proletariado arqueológico, formado principalmente tanto por becarios y profesores ayudantes como por arqueólogos comerciales con contratos precarios, que en el contexto económico del capitalismo neoliberal y globalizador se ven obligados a aumentar su carga de trabajo al mismo tiempo que ven reducidas sus contraprestaciones laborales con la excusa de las fluctuaciones mercantilistas y la ideología que las sustenta como estructuración principal del mercado laboral.

Tanto por su coherencia interna, su claridad analítica y su capacidad expositiva, que de seguro inspirará e inquietará al lector, este libro es altamente recomendable para cualquier arqueólogo. Pero por encima de esto su profundidad conceptual, expuesta con una sencillez poco habitual en esta clase de ensayos teóricos, así como la trascendencia y ambición del tema abordado, el compromiso político de la arqueología, han de convertir a este trabajo en una referencia incuestionable, refrendando la vitalidad de los paradigmas de inspiración marxista como modelos aplicables al análisis arqueológico.

Jesús Bermejo Tirado

CSIC

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOURDIEU, P. (1984): *Homo Academicus*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): *Una arqueología crítica: Ciencia, Ética y Política en la construcción del pasado*. Crítica, Barcelona.
- KEAT, R.; URRY, J. (1983): *Social Theory as Science*. Routledge & Kegan Paul, Londres.
- MCGUIRE, R. (1992): *A Marxist Archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- MCGUIRE, R.; PAYNTER, R. (eds.) (1991): *The Archaeology of Inequality*. Basil Blackwell, Londres.
- OLLMAN, B. (1976): *Alienation: Marx's Conception of Man in Capitalist Society*. Cambridge University Press, Cambridge.
- THE LUDLOW COLLECTIVE (2001): Archaeology of the Colorado Coal Field War, 1913-1914. En Buchli, V. y Lucas, G. (eds.): *Archaeologies of the Contemporary Past*. Routledge, Londres: 94-107.
- TRIGGER, B. (2006): *A History of the Archaeological Thought*. (2º edition). Cambridge Univ. Press. Cambridge.
- WYLIE, A. (2002): *Thinking from things: Essays in the Philosophy of Archaeology*. UCLA Press, Berkeley.

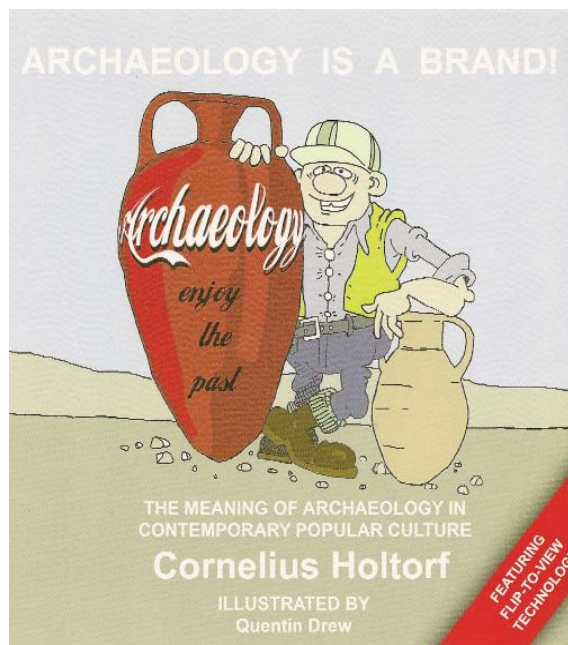
¿Qué sabemos? ¿Qué saben? Cultura Popular y Arqueología

Cornelius J. Holtorf (2007): *Archaeology is a brand! The Meaning of Archaeology in Contemporary Popular Culture* (ilustraciones de Quentin Drew). Left Coast Press, Walnut Creek. ISBN: 978-1-59874-179-7

Con solo mirar a la portada del libro ya nos podemos hacer una idea de lo que encontraremos dentro. O no. La ilustración de portada, de Quentin Drew (en cierto modo coautor del libro), nos muestra un ánfora roja en la que se puede leer “*Archaeology. Enjoy the past*” emulando una lata de Coca Cola. En la trasera, los tres iconos de la arqueología, a saber, el consultor (un tal Trenchman), el arqueólogo de campo aventurero (Profesor Kumango) y un profesor bien ataviado (Mr. Feedback) nos recomiendan el libro con sorna. Pero aunque el humor gráfico, los títulos y algunos textos continúen con ese tono desenfadado y cómico con el que se presenta el libro, Cornelius Holtorf ha vuelto a hacer un gran análisis de la Arqueología a través de la cultura popular. Y digo ha vuelto a hacer, porque ya en *From Stonehenge to Las Vegas* (Holtorf 2005) nos mostraba esa “*antiarchaeology*” y ese “*archaeo-appeal*” que junto con toda una serie de creencias y modas conformaban la imagen social de la Arqueología. Ahora, en una continuación necesaria, *Archaeology is a brand* representa otro hito en el campo de la Arqueología Pública.

El libro comienza con una pregunta encubierta: ¿Por qué la arqueología? Porque el pasado nos rodea allá por donde vayamos. Salir a pasear por determinadas ciudades del sur de Europa significa tropezarte a diestro y si-

niestro con docenas de restos. En algunos países del centro y norte puede que no te tropieces con los restos, pero sí con referencias inagotables a un pasado arqueológico que está muy presente en la cultura occidental. Emulando la semana en el Reino Unido que Holtorf utiliza para ilustrar esta cuestión, podemos hacer el repaso de un simple día por Madrid. No voy a mirar mi estantería, que ya tiene referencias suficientes para todo el mes, pero cojo el periódico de camino al Metro y resulta que otros restos han parado una obra en el centro de Madrid. Entro en la estación y un anuncio de una esfinge mirando por la boca del metro llama mi atención. El siguiente anuncio me invita a visitar Turquía (adivina qué sale en la foto), según salgo otro me invita a Grecia (y como estamos en invierno, no son fotos de la playa) y ya en la calle, la primera parada de autobús, otro me anima a ir a Egipto (con las pirámides como reclamo). Por suerte o por desgracia un día normal se queda ahí, y las referencias televisivas en España suelen ser pocas, pero coincidencia o no, las dos últimas películas que he visto viajando en avión han sido las últimas de *Tomb Raider* e *Indiana Jones* y en mi último viaje a Bilbao el autobús me deleitó con la última de *La Momia* (esa que pasa en China). El fondo del escritorio del Windows, el último episodio de *Bones*, el Celta-Depor (un clásico), la última mascota de la selección es-



pañola de baloncesto... no hace falta indagar demasiado para ir descubriendo las innumerables referencias a la Arqueología que nos rodean.

Uno de los puntos fuertes de este libro es que Holtorf no sólo pone de manifiesto esas referencias, sino que las analiza tratando de encontrar ese vínculo existente entre la cultura popular y la arqueología. Desde la televisión como destacado medio de comunicación hasta los principales tópicos que rodean a la Arqueología, el autor va buscando esas conexiones dando explicación a una serie de figuras que hoy por hoy siguen marcando nuestra imagen ante la sociedad.

Pero la pregunta que cabe hacerse entonces es: ¿Qué podemos hacer nosotros con esto? Y así es como termina el libro, con una aproximación a las diferentes estrategias que se pueden afrontar para conectar con un público que ya de por sí tiene una imagen positiva (pero muchas veces equivocada) de la arqueología. Educación, Relaciones Públicas y Democracia, son los tres modelos que propone (juntos o por separado). Pero en esencia la propuesta pasa por la reconsideración (o consideración) por parte del ámbito arqueológico clásico de la Arqueología Pública, por usar lo que la gente ya sabe y le interesa para ofrecer más (Ascheron 2004), por participar de las iniciativas que salen de fuera de nosotros para hacer de ellas algo mejor y terminar, como lo hace Holtorf, celebrando el conocimiento público de la arqueología con todos los que nos rodean, los medio y la gente en general (pág. 148).

Ni el análisis ni las propuestas son nuevas (Ascher 1960; Pallotino 1968; Ramos y Duganne 2000; Baxter 2002; Hills 2003; Merriman 2004; Almansa 2006...), aunque sí lo es la fuerte repercusión que tanto este libro

como su predecesor han tenido dentro del panorama arqueológico internacional.

Por ello, podríamos examinar cuál puede (o debería) ser el alcance de éste libro en nuestro país. Un dato curioso es que, a día de hoy (marzo de 2009), solo se encuentra disponible en dos universidades españolas; Cantabria y Córdoba. ¿A qué se debe esto? Es difícil juzgar la política de compras de las bibliotecas españolas, pero éste es uno de esos libros que deberían estar en las bibliografías de los estudiantes de primero de licenciatura. La razón es sencilla. Tanto para aquellos que no tengan pensado seguir un itinerario arqueológico, como para los que tengan claro que su futuro está en una excavación, Cornelius Holtorf ofrece una visión extraordinaria de un tema sobre el que todos deberíamos estar más concienciados, la repercusión pública de nuestra actividad científica. Esto es algo que cada vez está más de moda en el mundo anglosajón y que cada vez se postula de un modo más claro como una de las pocas salidas a la crisis de la arqueología profesional. La Arqueología Pública (Schadla-Hall 1999; Ascheron 2000), de donde bebe Holtorf a la hora de analizar la cultura popular, no es solo difusión, sino un modo de acercarse a las relaciones entre arqueología y el contexto social, económico y político que nos rodea. Esto abre una serie de salidas tanto en investigación como en la profesión, que sustentadas por el interés público que promueve el autor, podrían revolucionar el mundo de la arqueología más allá de cacharros y piedras. Hablar de revolución suena casi irreverente, y precisamente esa irreverencia está detrás del libro que nos ocupa. Irreverencia ante un mundo arqueológico anquilosado, incapaz de definirse a sí mismo, ajeno a la sociedad y a lo social, cómplice en la destrucción de patrimonio y conocimiento, y apático ante la pasividad de unas autoridades que no reflejan el interés de la gente. *Archaeology is a brand* nos invita a dejar de mirar al suelo y mirar alrededor, a aprovechar el tirón de la arqueología en la sociedad para hacer mejor nuestro trabajo, porque éste no se termina en esta u otra revista en forma de publicación. Todo esto suena a utopía, pero al igual que la Arqueología Preventiva, es algo que se practica desde hace años en otros lugares, e incluso aquí. Por ello, esta reseña no es sólo una crítica positiva del último libro de Cornelius Holtorf, sino un llamamiento a considerar de un modo más serio y comprometido lo que en él expone.

Una de las viñetas del libro (todas ellas magistrales) muestra a un académico en el juzgado mientras el texto reza: "Profesor, ha sido usted acusado de elitismo e indiferencia ante los intereses de la comunidad, ¿cómo se declara?" (pág. 13). Y ahora todos deberíamos contestar: "Culpable".

En resumen, Holtorf nos ofrece una nueva entrega de su ya largo y profundo análisis sobre la Arqueología en la Cultura Popular, un análisis que deja manifiesto el interés de la Sociedad por la Arqueología y el desinterés

generalizado de la Arqueología por la Sociedad, además del desconocimiento mutuo que se da como consecuencia. Remediar este problema está en nuestras manos y sólo requiere un poco de compromiso, lo que poco a poco nos llevaría a una Arqueología mejor, y mejor valorada. Así pues, solo puedo terminar esta reseña con dos

consejos: a las bibliotecas, que compren el libro, y a los arqueólogos, que lo lean.

Jaime Almansa

Departamento de Prehistoria, UCM

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMANSA, J. (2006): La imagen popular de la arqueología en Madrid. *ArqueoWeb* 8/1.
- ASCHER, R. (1960): Archaeology and the public image. *American Antiquity*, 25: 402-403.
- ASCHERSON, N. (2001): Editorial. *Public Archaeology* 1/1: 1-4.
- ASCHERSON, N. (2004): Archaeology and the British Media. *Public Archaeology* (N. Merriman, ed.), Routledge, Londres: 145-158.
- BAXTER, J.E. (2002): Popular images and popular stereotypes. Images of archaeologists in popular and documentary film. *The SAA Archaeological Record* 2(4): 16-7.
- HILLS, C. (2003): What is television doing for us? Reflections on some recent British programmes. *Antiquity*, 77: 206-211.
- HOLTORF, C. (2005): *From Stonehenge to Las Vegas. Archaeology as Popular Culture*. Altamira Press, Walnut Creek.
- MERRIMAN, N. (2004): *Public Archaeology*. Routledge, Londres.
- PALLOTINO, M. (1968): *The meaning of archaeology*. Thames & Hudson, Londres.
- RAMOS, M.; DUGANNE, D. (2000): *Exploring public perceptions and attitudes about archaeology*. Society for American Archaeology (<http://www.saa.org/Portals/0/SAA/pubedu/nrptdraft4.pdf>)
- SCHADLA-HALL, T. (1999): Editorial: Public Archaeology. *European Journal of Archaeology*, 2/2: 147-158.

**Pedro Paulo A. Funari y Andrés Zarankin (comps.) (2006):
Arqueología de la Represión y la Resistencia en América Latina 1960-1980.
Encuentro Grupo Editor, Córdoba, 186 pp. ISBN: 987-23022-2-7**

En su última novela Juan José Millás cuenta cómo de pequeño descubrió que la literatura, al igual que el bisturí eléctrico inventado por su padre, cauteriza la herida según la va abriendo. Somos muchos los que pensamos que no sólo la literatura, sino las ciencias sociales en general, tienen también esa importante función social: hurgar en las heridas que todavía no han cicatrizado y reabrir las que han cerrado mal y aún se encuentran infectadas. De esta forma intentamos curarlas -curarnos-, sin por ello olvidar nunca el porqué y el cuándo, pues siempre quedarán las cicatrices -cicatrices que en el paisaje son trincheras, búnkeres, refugios, fosas comunes, monumentos fascistas, campos de concentración...- para recordár-

noslo. El libro que aquí presentamos, *Arqueología de la Represión y la Resistencia en América Latina 1960-1980*, es un magnífico ejemplo de lo que acabamos de comentar. Durante las décadas de 1960 y 1970 muchos países latinoamericanos sufrieron las consecuencias sociopolíticas de gobiernos dictatoriales en manos de militares, en muchos casos auspiciados por Estados Unidos, en un contexto internacional dominado por la Guerra Fría, y en donde se practicó un terrorismo de estado en el que miles de personas fueron perseguidas, detenidas, exiliadas, torturadas y/o asesinadas por manifestar diversas formas de oposición. Pensemos que sólo para el caso de Argentina se calcula en unos 30000 el número de personas desapare-

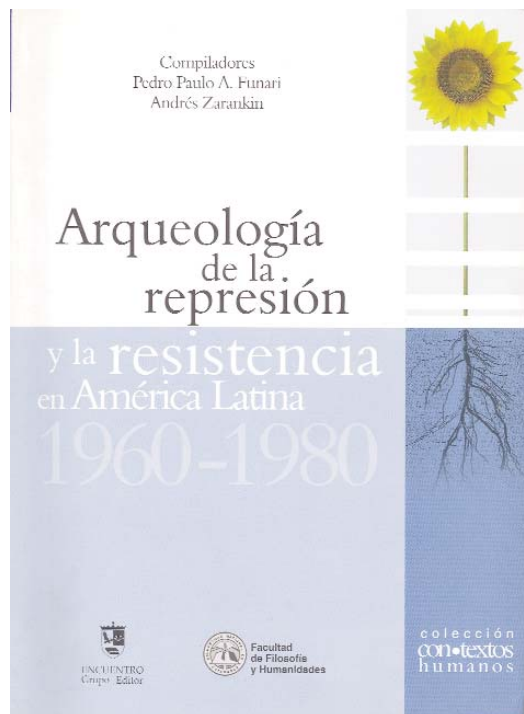
cidas (Zarankin y Salerno 2008). No obstante, estas prácticas tampoco faltaron en supuestos gobiernos “democráticos”, como el mexicano. Son, por tanto, circunstancias que hacen converger el proceso histórico de muchos de estos países. Ello se ha querido reflejar en este volumen, aunque se trate de analizar las particularidades de cada caso concreto, ya que se halla organizado en nueve capítulos de diferentes autores, en los que encontramos ejemplos de arqueología contemporánea de Bolivia, Venezuela, México, Colombia, Brasil, Uruguay y Argentina, más dos trabajos teóricos generales.

Ya en la Introducción los compiladores del volumen enuncian los dos ejes que transversalmente recorren toda la obra: el porqué de una arqueología contemporánea, y el carácter eminentemente político de ésta. Respecto al sentido que tiene realizar arqueología contemporánea podemos decir que en los últimos años, gracias a la exhumación de fosas resultantes de diferentes guerras y sistemas dictatoriales, así como de las problemáticas surgidas de la gestión del patrimonio arqueológico, en donde muchos de los restos documentados son de los dos últimos siglos, se ha asumido, incluso a nivel popular, que los arqueólogos también trabajamos con el pasado más reciente. Sin embargo, siempre que nos salgamos del ámbito forense y/o vinculado a la antropología física, para trabajar con edificios, monumentos o paisajes, volvemos a encontrarnos con las caras de escepticismo, incluso dentro de los mismos departamentos en los que investigamos, puesto que esta materialidad no sería, para la ortodoxia académica, lo suficientemente antigua como para ser estudiada arqueológicamente, además de, digámoslo también, demasiado explícita, y por lo tanto incómoda en un sentido político. Por ello, como en otros casos de arqueología contemporánea, los autores del libro se ven -nos vemos- obligados a explicitar en que consiste ésta y qué sentido tiene hacer arqueología de periodos históricos en los que presuntamente existe abundante documentación escrita e, incluso, protagonistas vivos de los hechos que se estudian. Podríamos decir que los trabajos presentados en este volumen son arqueológicos por el mero hecho de que tratan con cultura material -aquí debemos incluir también las fosas comunes- y porque estudian hechos del pasado. Pero, más allá de aplicar metodologías arqueológicas, que ya en sí poseen la valiosa capacidad de desenterrar “objetos” olvidados -siendo el caso más obvio el de las exhumaciones- y pasar a percibirlos como nunca antes se había hecho, deberíamos preguntarnos si una arqueología contemporánea plena no debe tener la función principal de contar otras historias a partir de los objetos, es decir, de forma diferente a lo convencional (Ibid.: 15), por ejemplo dando voz a los grupos silenciados y construyendo narrativas diferentes a los discursos dominantes (Zarankin y Salerno 2008: 22). Además, y pese a trabajar con periodos muy cercanos en el tiempo, en multitud de ocasiones la única narración histórica posible es la que se construye con los restos arqueológicos, especialmente

en el caso sudamericano en el que sistemáticamente “los documentos que hacen referencia a la actuación de las dictaduras excluyen, minimizan o distorsionan la presencia de los sectores afectados”. Por contra “la materialidad de los cuerpos, los objetos y el espacio participa en la cotidianidad de todas las personas” (Zarankin y Salerno 2008: 22). Como dicen los compiladores del volumen que aquí comentamos, la Arqueología ofrece la posibilidad de generar visiones alternativas a las de la historia escrita, y posee, al contrario que la Historia “tradicional”, el potencial de ser democrática puesto que trabaja con algo que todas las personas producen: los “restos materiales”, que solemos llamar “basura”. Es decir, permite hacer “historia de los grupos sin historia”.

Respecto a la cuestión política el mero hecho de estudiar la represión y la resistencia, hacer historia de los grupos sin historia y publicar este libro es en sí mismo ya un claro posicionamiento político, pero, además, se añade que este tipo de arqueologías permitirá superar definitivamente los rasgos positivistas y reaccionarios de nuestra disciplina, teniendo en cuenta que la Arqueología no sólo se refiere al pasado de “grandes civilizaciones” sino también a nosotros mismos, a nuestro presente y al futuro. Se explicita que el estudio de la represión no es un ejercicio histórico neutro, un tema a ser explotado “objetivamente” por el científico, sino un compromiso político que asumimos como investigadores. También en el prólogo del libro, firmado por la Secretaria de Derechos Humanos de la Nación (Argentina), se afirma que la “arqueología y la antropología (...) son un instrumento fundamental para el estudio de las secuelas del terrorismo de estado...”, brindando elementos claves para revelar la *verdad global* -funcionamiento del terrorismo de estado o la “lógica de la represión”- y la *verdad individual* -lo que ha ocurrido con cada una de las víctimas del terrorismo de estado-, por lo que los autores que participan en el volumen rechazan el posicionamiento de “investigadores neutros”, explicitando su compromiso político tanto en su rol de investigadores como en el de ciudadanos.

Como podemos imaginar los dos ejes que vertebran el libro son desarrollados con desigual fortuna por cada autor. Con respecto a la teoría y metodología arqueológica aplicada, aquellas que nos van a “contar historias distintas”, vemos claras diferencias, con un primer grupo centrado en la exhumación de desaparecidos que tiende al objetivismo científico y a entender la Arqueología como una metodología auxiliar al servicio de la Justicia y la Historia. Son los artículos de Roberto Rodríguez Suárez, sobre la búsqueda de los restos del Che Guevara y de otros guerrilleros en la selva boliviana, cuyo fin es responder a las demandas de la Asociación de Familiares de Desaparecidos de Bolivia; o el de Luis Fondevibrer, del Equipo Argentino de Antropología Forense, en donde se analizan las relaciones entre esta disciplina y la Arqueología y la necesidad de encontrar a los miles de desaparecidos. Este sentido también lo vemos en Patricia Four-



nier y Jorge Martínez Herrera, quienes trabajan en su capítulo sobre la matanza de Tlatelolco o Plaza de las Tres Culturas (México D.F.), en octubre del 68. Se trata del caso de “gobiernos democráticos” a los que desde 1968 hasta comienzo de los ochenta se les pueden imputar unas 1500 muertes por terrorismo de estado y en donde a la violencia física habría que añadir también la simbólica, que aún perdura, fundamentada en el silenciamiento de las fuentes con la idea de que haciendo desaparecer a las víctimas no hay victimarios ni delito.

El inconveniente de este grupo de artículos es que o bien el pretendido sentido político de la propuesta queda diluido en la retórica cientifista, o bien aluden a la recuperación de la memoria centrándose en la individual/familiar pero no en la colectiva, o bien plantean la reacción y acción política de los arqueólogos como una apuesta de futuro. Pese a la pretensión de estos autores de hacer una Arqueología políticamente situada caen en el objetivismo y en una concepción histórica que peca de “presente etnográfico”. El principal riesgo de ello es crear un falso distanciamiento entre el sujeto que conoce y aquel que es conocido, polarizar las relaciones al punto de anular los vínculos y desarticular todo lazo posible, entre aquella historia pasada y esta historia presente (Biasatti, Company y González 2008), impidiendo de esta forma, paradójicamente, una adecuada acción sociopolítica en el momento actual.

No sabemos hasta qué punto el artículo historiográfico Carl Henrik Langebaek, en donde se analiza la nula representación del marxismo en la arqueología colombiana, puede ser entendido como un ejemplo más de arqueolo-

gía de la represión y resistencia, aunque en un sentido teórico es un excelente ejemplo de como las políticas en un campo científico se dirigen tanto hacia fuera de éste, en sus efectos sociales, como hacia dentro, en las relaciones que mantienen los arqueólogos entre sí (Bourdieu 1999).

El otro gran grupo de artículos del libro corrige algunas de las cuestiones que acabamos de criticar. Pedro Paulo Funari y Nancy Vieira de Oliveira, analizando la represión en Brasil bajo la dictadura militar, se alejan del objetivismo que criticábamos más arriba ya que, dentro de sus presupuestos teóricos marxistas con rasgos postprocesuales, el conflicto y la subjetividad forman parte tanto de la evidencia como de su interpretación. Al ser inevitable la multiplicidad de interpretaciones no se puede obviar tomar posiciones. Creen que el estudio de la cultura material puede ser un poderoso instrumento en el análisis de las historias subordinadas y en la transferencia de poder para los propios agentes sociales. Por lo tanto se acepta el relativismo, pero sin caer en la fantasía de la multivocalidad -herramienta neoliberal que neutraliza la auténtica crítica (Zizek y Daly en González Ruibal 2007 a: 327). Alejandro F. Haber, en su trabajo, también cree que la neutralidad valorativa y el objetivismo se resquebrajan cuando los hechos tratados son tan atroces y forman parte de una realidad que no puede ni debe ser negada. El autor cree que el modelo investigador de la arqueología contemporánea es bien diferente a la de periodos previos, además de realizar una pertinente crítica a la “dura base rocosa” sobre la que se sustenta nuestra disciplina: el fisicalismo, el empirismo y el objetivismo. El investigador se suele constituir como sujeto a la par que sobre-constituye a su dominio objetivo en tres planos complejamente vinculados entre sí: ontológico, metodológico y epistemológico, con lo que además también se consigue excluir en la reconstrucción histórica del pasado a quienes tienen intereses distintos del conocimiento académico o científico. Pero en el ámbito de la arqueología de la represión más reciente la narrativa histórica no puede excluir a la memoria, sino que debe apoyarse en su colaboración y sostenimiento. Ello no hace que la narrativa resultante sea menos verdadera, académica o científica, sino todo lo contrario, el proceso de investigación es relevante tanto social como académicamente, precisamente por la inclusión de los intereses subjetivos extra-académicos. Andrés Zarankin y Claudio Niro, siguiendo a Foucault, desean hacer arqueología contemporánea no como un intento de restituir lo que no ha podido ser experimentado, deseado o pensado por las personas que proferían el discurso, sino como una reescritura. No es la vuelta al secreto mismo de origen, es la descripción sistemática de un discurso objeto. La consecuencia inmediata de pensar la Arqueología como una construcción cultural del pasado es que ésta puede transformarse en una herramienta de lucha política, destinada a enfrentarse a las “master narratives” o “historia oficial”. El investigador puede así, de manera explícita, asumir una posición activa en el pro-

ceso de interpretación de un pasado que ya no es verdadero, sino apenas una interpretación.

Con respecto a las metodologías arqueológicas podemos pensar en cómo Rodrigo Navarrete y Ana María López estudian los graffitis -“acción comunicativa transgresora”- en el Cuartel de San Carlos (Caracas, Venezuela), siguiendo los principios usados para las evidencias rupestres, o en los análisis de los espacios y evolución arquitectónica de dicho edificio. Quizás más interesantes sean las aplicaciones que se hacen del corpus teórico de Foucault. Siguiendo al filósofo francés es cómo José M^a López Mazz, *Pepino*, desarrolla temas como la “tecnología del poder”, la “tecnología de la represión” y los “itinerarios del terror”. Se entiende que los espacios de disciplinamiento serían parte de una estrategia mayor de control y represión social. Los sistemas de violencia producen una articulación de lugares a través de la cual la represión se territorializa generando el espacio de autorreproducción. Ideas que por otro lado también se han inspirado en los trabajos de Andrés Zarankin (2002), quien ha estudiado la escuela y la ciudad en general también como instituciones de disciplinamiento. Por su parte las reflexiones de Zarankin y Niro sobre la Arqueología son de primer orden y muy útiles para otros autores que hagan arqueología contemporánea. Su deseo es discutir arqueológicamente la arquitectura y la organización del espacio de los Centros Clandestinos de Detención (CCD) como herramientas para garantizar el funcionamiento del poder. Hay toda una serie de dispositivos disciplinares dirigidos a generar individuos dóciles en mente y cuerpo, a través de instituciones de “ortopedia social”, como colegios, fábricas, hospitales, manicomios, albergues para huérfanos, etc. En el caso de la prisión su función es privar de libertad como forma de castigo. Con el encierro no sólo se busca punir a las personas sino también reformarlas, pero Argentina añade a esta macabra lista, entre 1976 y 1983, los CCD, cuyo fin es destruir y eliminar. Los CCD, pese a compartir rasgos con los campos de concentración, son “no-lugares” porque institucionalmente no existen, frente a los campos de concentración que sí existen. Son “no-lugares” que transforman a sus ocupantes en desaparecidos, en “no-personas”. En concreto, para estudiar la materialidad de estos “no-lugares” usan los análisis Gamma de Hillier y Hanson y los índices de Blanton (escala, integración y complejidad), pero partiendo de plantas reconstruidas por los propios supervivientes, que luego fueron corroboradas o no durante las excavaciones, lo que es un excelente ejemplo de combinación de metodologías arqueológicas con las de las fuentes orales.

Ello nos lleva a otra de las características que debería tener la arqueología contemporánea, que es la combinación de las narrativas generadas a partir de la materialidad con las originadas por documentación y fuentes orales. Funari y Vieira de Oliveira creen que cuando se pretende describir e interpretar las culturas del pasado conviene incorporar tanto el estudio de textos y relatos orales como

de artefactos. Los datos textuales, orales y materiales pueden ser encarados como interdependientes, complementarios y contradictorios al mismo tiempo, aunque no por ello deja de ser necesario un abordaje interdisciplinario que combine análisis textual, oral y artefactual, con aportes sociológicos y antropológicos, entre otros. Pese a que el artículo de Zarankin y Niro es eminentemente arqueológico una de las cualidades que se deben destacar es la correcta y fructuosa combinación de la historia oral -no sólo la de Claudio Niro-, de las fuentes documentales y del registro material. Parten de la cultura material como simbólicamente constituida, como producto y productora de personas y subjetividades, y de los objetos como elementos activos y dinámicos, que solo pueden interpretarse en sus contextos históricos y sociales, por lo que una de las primeras labores siempre es la contextualización. Es en este punto, entonces, en donde concurren las otras narrativas, las de la historia oral y las fuentes documentales, para que nuestras descripciones siempre sean lo más densas posibles.

Como hemos visto, la desobjetivación de nuestros “objetos” -sujetos- de estudio que propugnan algunos de estos autores permite enlazar pasado y presente, personas y cosas, y superar el escasamente crítico y ahistórico “presente etnográfico” que plantea el primer grupo. Son por tanto propuestas teóricas y metodológicas que permiten la acción sociopolítica en el presente, sobre las herencias actuales de aquellos regímenes despóticos. Otro rasgo común, en un sentido político, de varios de estos autores es que se conciben los restos materiales, especialmente arquitectónicos -cárceles, CCD, fosas comunes en cuarteles..., como monumentos en el sentido de símbolos de las historias y políticas nacionales, que permitan, a partir de la materialidad, avanzar en cultura democrática, en la línea de los *lieux de memoire* de Pierre Nora o de la *topology* de Michael Shanks (cit. en González Ruibal 2007b: 216-217). De nuevo la materialidad como cicatriz, que nos recuerda el dolor y la herida, y que sirve de punto de anclaje en la reflexión histórica.

Para finalizar podríamos decir que la experiencia y tradición sudamericana en arqueología contemporánea no sólo es un interesante modelo por haber nacido antes que en España -pensemos que ya a partir de 1980 diferentes arqueólogos comenzaron a interesarse por las consecuencias de las dictaduras, Zarankin y Salerno 2008: 24-, sino porque las propuestas teóricas y metodológicas, el hábil manejo de los diferentes tipos de fuentes y el sentido emancipador de los trabajos, hacen que sean lecturas obligadas para todos aquellos interesados en estudiar el pasado contemporáneo desde la materialidad.

Carlos Marín Suárez

Departamento de Prehistoria, UCM
curuxu44@gmail.com

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BIANCHI, S. (dir.) (2008): “El Pozo” (ex servicio de Informaciones). *Un centro clandestino de detención, desaparición, tortura y muerte de personas de la ciudad de Rosario, Argentina. Antropología política del pasado reciente*. Prohistoria ediciones, Rosario.
- BIASATTI, S.; COMPANY, G.; GONZÁLEZ, G. (2008): Reflexionando la Arqueología en la recuperación de Centros Clandestinos de Detención del Gran Rosario (Argentina). *Actas de las Primeras Jornadas de Jóvenes en investigación arqueológica: dialogando con la cultura materia, T. II* (OrJIA, eds.), Madrid, Ed. CERSA: 555-559.
- BOURDIEU, P. (1999): El campo científico. *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, Buenos Aires: 75-110.
- FOUCAULT, M. (1978): *Surveiller et punir*. Galimard, Paris.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007a): Arqueología del conflicto contemporáneo. Recension de los libros *Combat archaeology: material culture and modern conflict* (J. Schofield 2005) y *Re-mapping the field: New approaches in conflict archaeology* (J. Schofield, A. Klausmeier y L. Purbrick eds.), *Complutum*, 18: 324-8.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007b): Making things public. Archaeologies of the Spanish Civil War. *Public Archaeology*, 6 (4): 203-226.
- ZARANKIN, A. (2002): *Paredes que domestican: Arqueología da Arquitectura Escolar Capitalista. O Caso de Buenos Aires*. UNICAMP, Sao Paulo.
- ZARANKIN, A.; SALERNO, M.A. (2008): Después de la tormenta. Arqueología de la represión en América Latina. *Arqueología de la Guerra Civil Española* (A. González Ruibal, ed.), *Complutum*, 19(2): 21-32.